

JULIO MARTOV Y LA CRISIS DEL MENCHEVISMO RUSO

ALVIN WARTEL**

El líder histórico de los mencheviques, Martov, que había trabajado junto a Lenín en *Iskra* hasta la división en 1903, regresó de Suiza por la ruta de Lenín (22 de mayo de 1917). Como orador, como escritor y como pensador analítico, Martov sobresalía de todos los otros socialdemócratas rusos, sin exceptuar a Plejánov, Lenín y Trotsky. Sin embargo, como hombre de acción sufría la rémora de su propia potencia intelectual que le hacía ver claramente todos los lados de una cuestión. No era capaz de entablar ese implacable combate verbal en que Lenín era excelente. Uno de sus admiradores más ardientes lo ha caracterizado como a un Hamlet. Desde el momento de su regreso a Rusia hasta después que los bolcheviques se incautaron del poder, Martov permaneció de dirigente de una molesta minoría en su propio partido, el que, sin embargo, no se atrevió a expulsarlo. A su alrededor, técnicamente dentro del Partido, se congregaba un grupo minoritario conocido como los "internacionalistas mencheviques". Martov se opuso desde el comienzo a una coalición y en julio abogó en vano por la formación de un nuevo gobierno compuesto exclusivamente de elementos soviéticos.

Jesse D. Clarkson, *A History of Russia*,
págs. 458-459.

A principios de 1963 se informó en la prensa de Occidente que Nikita Jruschov, hoy depuesto, había aludido a un incidente, que ocurrió en 1920, mientras pronunciaba un discurso antistalinista ante funcionarios del Partido Comunista. Jruschov se refería a una supuesta intervención de Vladimir Ilyich Lenín para conseguir un pasaporte y la salida del país, en condiciones propias, de un opositor en-

* La traducción de este artículo se debe a José Emilio González.

** Catedrático Auxiliar en el Departamento de Sociología del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

fermo: el menchevique Julio ("Yuri") Martov (né Julii O. Tsederbaum). De esta manera Lenín hacía posible que Martov saliera de la Unión Soviética para pasar los pocos años de vida que le quedaban en Berlín, entonces capital de la República de Weimar y centro político de la emigración menchevique hasta que Hitler subió al poder. Desde luego, la intención de Jruschov era contrastar la "generosidad" de Lenín hacia sus adversarios políticos caídos con el espíritu de venganza de Stalin. El contraste se agudizaba en este caso por el hecho de que Martov había sido, después de todo, antagonista político del bolchevismo por largo tiempo, mientras que las víctimas más eminentes del Terror Staliniano salieron de las filas de los colegas de Stalin y de los hombres más estrechamente vinculados a Lenín. La alusión que hizo Jruschov produjo en aquellos días débiles protestas por parte de aquellos escasos occidentales cuyos conocimientos de las circunstancias en que Martov salió de Rusia no coincidían precisamente con la versión del Primer Ministro, pero tales manifestaciones rápidamente se hundieron en el olvido reservado para las referencias históricas oscuras a acontecimientos ocurridos hace cuarenta años dentro de grupos reducidos. No obstante, y aunque fuera como de pasada y bajo presiones conscientes o inconscientes, Jruschov había sacado a la luz pública de su país y del mundo un nombre casi olvidado en los anales de la historia de Rusia y de la tradición marxista.

Es un fenómeno curioso, aunque no inexplicable, el de que Julio Martov, el "líder histórico" del menchevismo ruso y uno de los doctrinarios más señalados del marxismo ruso, no haya sido todavía sujeto, por propio derecho, de una biografía seria o tema de meditaciones teóricas ya sea en el mundo soviético o en el mundo occidental. Ciertamente, este breve artículo no pretende en forma alguna llenar ese vacío. Naturalmente, de vez en cuando se hace alguna referencia a Martov en las obras clásicas que tratan de la Rusia de comienzos del siglo veinte y de la revolución rusa. Como podría anticiparse, su colega "de partido" o "de facción" (en julio de 1917), el señor N. N. Sujánov, en su obra *The Russian Revolution, 1917*, es un poco más generoso (aunque no mucho más) en sus alusiones al papel de Martov en 1917. A él se refiere como este "viejo, experimentado, muy autorizado y popular timonel", y, luego, como "el engendrador del menchevismo, su doctrinario incomparable, casi único, su jefe más autorizado y popular". El estudio erudito de Leonard Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, contiene datos valiosos sobre los años de 1917-1922, mientras que en la obra de Bertram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution*, aunque enfocada primordialmente sobre Lenín, Trotsky y Stalin, y aunque termine, por desgracia, con el esta-

llido de la Primera Guerra Mundial, hay material desproporcionado sobre el propio Martov y sobre el antiguo colaborador de Trotsky, Alejandro Parvus. En cuanto a fuentes primarias, la mayoría hay que encontrarlas en el original ruso o en traducciones alemanas, en forma de folletos, que no circulan desde hace muchos años. Vale la pena anotar que, hasta donde lo sabe este autor, sólo una obra de Martov ha sido traducida al inglés: el folleto titulado *The State and the Socialist Revolution*,¹ cuya intención era contestar, desde el punto de vista menchevique, al famoso *State and Revolution* de Lenín. El panfleto de Martov fue publicado en los Estados Unidos por una revista socialista de izquierda en 1938: "The International Review". Esa revista hace tiempo que dejó de existir y no era muy conocida. También vale la pena anotar que las antologías de artículos, ensayos y libros "marxistas" casi siempre desconocen las aportaciones de Martov, por ejemplo, la de C. Wright Mills, *The Marxists*, y la de Sidney Hook, *Marx and the Marxists*. De esta guisa, Julio Martov emerge, si es que uno puede emplear este término en relación con él, como el auténtico "hombre abandonado" de la experiencia revolucionaria rusa, abandonado por ambos bandos de la divisoria ideológica del mundo contemporáneo.

Sin embargo, es preciso admitir, no obstante la simpatía que uno pueda sentir hacia Martov o sus enfoques, que él se merece en parte la obscuridad donde se halla inmerso. Intelectual rusojudío un poco pedante, cuyo estilo personal y literario era un poco seco, con procedimientos mentales sutiles, Martov carecía de la punzante combatividad verbal, el sentido de la estrategia y de la táctica y la tenaz voluntad de poder de un Lenín. También carecía de la impresionante cultura general, los sorprendentes vislumbres proféticos y la capacidad de autodramatización de un Trotsky. Martov no fue un gran líder de hombre ni un bandeirante ideológico, y, sin embargo, se caracterizaba, tanto en lo político como en lo personal, por su honradez íntima, por su consistencia esencial, por su talento teórico, y, tal como él lo percibía, por su profundo y vital compromiso con la tradición marxista y con la causa del proletariado ruso e internacional. Esto le ganó y le retuvo el respeto que el propio Lenín le mostró por toda la vida. Los que están familiarizados con la propensión de Lenín a atribuir las más bajas motivaciones a los contrincantes políticos del bolchevismo, apreciarán en todo lo que vale el comentario muy bien difundido que hiciera Lenín a Máximo Gorki en 1918: "Lamento, profundamente lamento, que Julio Martov no esté con nosotros. ¡Qué espléndido camarada fue él! ¡Qué hombre absolutamente sincero!" Igualmente suges-

¹ En español: *El Estado y la Revolución Socialista*.

tiva es la observación de la Krupskaya en 1923, al referirse a la enfermedad mortal de Lenín: "Dicen que Martov también se está muriendo". Pero el fallecimiento de Lenín fue un acontecimiento histórico mundial que culminó en exhibición pública morbosa en un mausoleo de mármol detrás del palacio-fortaleza del Kremlin. Por contraste, la muerte de Martov, devastado por la tisis y por la miseria, fue una nota necrológica al calce de la nota mayor de la Emigración Rusa.

En un sentido más amplio, desde luego, la reputación histórica de Julio Martov encarna la suerte de los vencidos, me equivoco, de los vencidos dos veces. Pues hay que tomar en cuenta no sólo que el menchevismo ruso sucumbió vergonzosamente entre marzo y noviembre de 1917, a manos de sus rivales bolcheviques, sino que el propio Martov, que había sido el dirigente más destacado del partido, se encontró, a la hora de la verdad histórica y luego de su regreso tras largos años de destierro en Suiza, se encontró, repito, esencialmente aislado de la dirección del partido y representando el papel de líder de una minoría despreciada. Esta minoría concentraba técnicamente dentro del partido a una facción de los "internacionalistas mencheviques", la que se hallaba orientada hacia la izquierda, la que se apoyaba en el proletariado y cuyo centro de operaciones era Petrogrado. Cupo en suerte a Martov ser testigo de la disminución gradual del respaldo con que los mencheviques contaban en la clase obrera y el aumento rápido de la fuerza proletaria del bolchevismo antes de noviembre de 1917. Puesto que no tenía control sobre la prensa del Partido o sobre los organismos que decidían la política a seguir, Martov no pudo adoptar contramedidas eficaces para poner coto a la marea o para alterar el curso de los acontecimientos. Fue Martov quien en vísperas del golpe de estado bolchevique trató en vano de que el "Pre-parlamento" evitara el peligro inminente para Rusia y la Revolución, al urgir que se adoptara una resolución por el Régimen de Kerensky, exigiendo que se pusieran en vigor inmediatamente sus propias normas, especialmente en lo relativo a la tierra y la paz. Fue Martov quien, como líder de un diminuto contingente de mencheviques de izquierda en el Segundo Congreso de los Soviets, el ocho de noviembre de 1917, congreso dominado por los bolcheviques, trató en vano de persuadir al liderazgo bolchevique de que debieran apartarse de una dictadura monopartidista favoreciendo una coalición de los partidos socialistas, y esto coincidiendo, no por casualidad, con la toma efectiva del poder del estado, arrancándose al débil y aislado Gobierno Provisional. Pues bien, los esfuerzos de Martov sólo merecieron el siguiente comentario de Trotsky, obra maestra de la invectiva totalitaria: "¡Ud. se halla en miserable bancarrota! Ud. ya desempeñó su papel. ¡Váyase ahora al sitio

que le pertenece: al Muladar de la Historia!" Fue a Martov a quien correspondió el papel poco envidiable de reorganizar y dirigir un movimiento menchevique apenas tolerado y desmoralizado, después de la Revolución Bolchevique, bajo el control soviético. Y, finalmente, fue Martov quien, a fines de 1920, con su salud cada día peor, con la amenaza inminente de la cárcel o de la ejecución, en una atmósfera cada día más severa de represalias antimencheviques, y convencido de que no existían cauces legales, no importa lo inadecuados, para que se desarrollara una acción política efectiva y organizada de oposición en la Unión Soviética, pidió y obtuvo permiso para emigrar de su patria al mundo occidental europeo.

En lo esencial, sin embargo, el olvido general en que el mundo contemporáneo ha tenido a Julio Martov se puede atribuir a dos factores, relacionados el uno con el otro: la falta de un movimiento nacional o internacional de convicciones "martovitas" que atraiga interés en él o perpetúe su memoria y sus doctrinas, y, su relación ambigua, en el mejor de los casos, o fuertemente negativa, en el peor, con las dos corrientes principales de "izquierda" en el mundo contemporáneo. Me refiero a la llamada "socialdemocracia" y al comunismo internacional. Lo cierto es que la suma de posiciones e identificaciones de Martov durante su vida lo hace vulnerable a malas inteligencias y tergiversaciones, lo cual sirve para excluirlo de prácticamente todas las corrientes más importantes de opinión prevalecientes. Martov fue un socialdemócrata militante y un marxista sin excusas y muy consecuente; por lo tanto, ya se puede contar con que en él no estén interesados o activamente le sean hostiles aquellos que no tienen la inclinación ni la capacidad para dominar la ideología marxista; aquellos ya sean "liberales" o "conservadores" que están raigalmente comprometidos con el sistema capitalista de la propiedad privada, los que no logran percibir matices significativos en la sección izquierda del espectro político y quienes, ya sea por ignorancia ya por malicia, casi instintivamente hallan una equivalencia entre la tradición marxista clásica (con su contenido profundamente democrático) y la teoría y la práctica del actual marxismo-leninismo (*né* bolchevismo). Por cuanto Martov es un hombre profundamente radicado en la tradición democrática, tiene que despertar inevitablemente el menosprecio de la mentalidad autoritaria de la élite tanto de Izquierda como de Derecha. Estos además lo desdeñarán característicamente porque en su vida personal no hay virtualmente carisma alguno, por su falta de atracción apabullante, por su incapacidad para la "simplificación terrible", y tal vez, más significativamente, por su incapacidad para el "éxito" político, tal como se concibe ese "éxito" en términos convencionales de

poder político, adquirido y mantenido, "logros" palpables y reconocimiento histórico positivo. Los nacionalistas patrióticos de estampa tradicional mirarán a Martov con sospecha por su negativa a sancionar las posiciones de defensa o imperialistas de cualquiera de los bandos beligerantes o de cualquier potencia en guerra, durante la Primera Guerra Mundial, distinguiéndose en ello Martov de los líderes del socialismo "oficial" durante el conflicto bélico. En su calidad de dirigente exiliado durante el Congreso de Zimmerwald, cuando la guerra, Martov, como tantos otros socialistas "de izquierda", pidió una "paz democrática, negociada sin anexiones o indemnizaciones", mientras que rechazaba las fórmulas de extrema izquierda de Lenin, orientadas hacia un "derrotismo" ruso y demandando la transformación revolucionaria de la guerra imperialista en guerra civil, es decir, la guerra de naciones en guerra de clases. Además, al igual que lo hiciera Lenin un mes antes, Martov permitió en mayo de 1917 que se le transportara de Suiza al Mar Báltico, de paso hacia Petrogrado, mediante arreglos con el Alto Comando alemán, en un tren "enemigo" sellado. Pero tal vez la respuesta esencial al problema de la obscuridad histórica de Martov pueda hallarse en su relación ambigua con los dos principales movimientos de "izquierda" en el mundo moderno.

Para los líderes de la "socialdemocracia" occidental, Julio Martov debe surgir como un fenómeno político extraño y un poco anticuado. Fue un hombre de su propia tradición que durante toda su vida estuvo orientado hacia el marxismo, quien se mantuvo fiel a la lucha de Kautsky contra el "revisiónismo" de Eduardo Bernstein, aun cuando Carlos Kautsky mismo y sus seguidores derivaban —en teoría y en práctica— hacia el pantano, del "reformismo democrático" y de la aceptación del capitalismo, como lo han hecho la mayoría de los descendientes del "socialismo democrático". Desde el punto de vista de un Hugh Gaitskell, un Paul Henri Spaak, de un Guy Mollet, de un Willy Brandt o de un Giuseppe Saragat, ¿qué se va a hacer con un hombre que, después de muchos años de lucha con los bolcheviques, tanto dentro como fuera del Partido, propuso en los meses de la Revolución un programa que para todos los efectos es paralelo al de Lenin? ¿Qué se puede decir de un hombre que asumió el papel de crítico agresivo del gobierno "democrático" de Kerensky, pero que a la postre aceptó la Revolución Bolchevique, el Régimen Soviético y hasta la disolución de la Asamblea Constituyente, aun cuando los considerara lamentables hechos consumados; de un hombre que intentó funcionar —legal y pacíficamente— como un miembro de "la oposición leal" dentro del marco del Sistema Soviético, después de noviembre, es decir, fundamentalmente dentro de las instituciones soviéticas.

y los sindicatos, mientras que simultáneamente ofrecía su respaldo político completo al esfuerzo militar soviético en la Guerra Civil; de un hombre que aun durante los días de su destierro final se negó siempre a asociarse con el anticomunismo militante de la Segunda Internacional revivida? No es, por lo tanto, cuestión de maravillarnos si cuando esos "social-demócratas" se enteran de los "hechos" (si se enteran), consideren a Martov, en la perspectiva del pasado histórico, como un ideólogo confuso y un poco ingenuo, en el mejor de los casos, o como un aliado consciente y dispuesto del liderazgo bolchevique, en el peor. Después de todo, algo tenía que haber en aquello que ocurrió durante los meses revolucionarios, pero antes del golpe bolchevique, cuando un camarada menchevique en una reunión del partido gritó, al ver a Martov: "Ahí va un futuro ministro del gobierno de Lenín". Pero lo cierto es que, contrario a la profecía del calumniador, Julio Martov nunca se convirtió —ni quiso convertirse— en ministro del Régimen Bolchevique. Tampoco su facción, que en esto se distingue de los malhadados "revolucionarios de izquierda socialista", entró jamás en una coalición ministerial con los oligarcas comunistas. El menchevismo ruso se mantuvo siempre hasta el final como un movimiento organizado, con existencia separada y crítica, evadiendo igualmente la ruta seguida por Trotsky y sus secuaces "interdistritales" de agosto de 1917 para unirse con el campamento leninista.

Al mundo comunista, Julio Martov aparece como un fenómeno enigmático y ambivalente. Apenas si se le puede descartar como meramente un menchevique más, "pequeño burgués transigente" u "oportunistista". Se le ve moverse a mitad de camino hacia la Ola del Futuro Leninista pero entonces se detiene, rehusando comprometerse completamente por razones inexplicables para la mentalidad totalitaria. Desde el punto de vista psicológico es interesante que León Trotsky, quien tantas simpatías sintió hacia la Revelación Freudiana, en su épica *Historia de la Revolución Rusa* acometa contra tantos molinos de viento, hace tiempo olvidados, y sin embargo no considere oportuno mencionar, ya que no analizar, las doctrinas propuestas por un hombre que, como él mismo lo había hecho, estuvo por tanto tiempo asociado con el mundo político del menchevismo de izquierda. El comunista norteamericano John Reed, enterrado ahora en lugar de honor en la Muralla del Kremlin, en su crónica dramática de la Revolución Bolchevique, *Diez días que estremecieron al mundo*, se refiere a la facción de Martov ("los internacionalistas mencheviques"), como "el ala radical de los mencheviques, internacionalistas y opuestos a toda coalición con las clases propietarias, y, sin embargo, poco inclinados a romper con los mencheviques conservadores y opuestos a la dicta-

dura del proletariado preconizada por los bolcheviques". En tono aún más ambivalente, el antiguo trotskista Mas Eastman, en un apéndice a la *Historia* de Trotsky, caracteriza la misma facción: "Un grupo de mencheviques de izquierda dirigidos por Martov, estrechamente asociados con el periódico radical socialista de Máximo Gorky "Novaia Zhizn" y muy simpatizadores de los bolcheviques en muchas cuestiones". Al fin y al cabo, ¿qué puede un comunista hacer con un hombre que entre 1917 y 1920 siempre se negó a "unirse a la Revolución" (es decir ser miembro y colaborar plenamente en los cuadros leninistas) o asociarse militantemente con la contrarrevolución? La respuesta es: que Martov (y los de su "laya") era realmente "contrarrevolucionarios" disfrazados hipócritas o que eran "hombres de centro" en una era revolucionaria, víctimas sinceras del Juggernaut de la *Historia* y candidatos admirables al muladar. ¡Qué lástima, sin embargo, que Martov no pudiera, en los años después de su muerte, ser pragmáticamente incorporado al santoral comunista, como sucedió con Rosa Luxemburgo (y con justificación histórica igualmente de escasa). Pues, contrario al mito bolchevique, Rosa Luxemburgo fue una mujer de fuertes simpatías con la izquierda menchevique y una crítica importante de la teoría y la práctica leninista. Por mala fortuna, y para usar el vocabulario comunista, como "un hecho bien conocido" dentro del mundo marxista ruso, Julio Martov vivió y murió como un antagonista político del bolchevismo desde aquel punto histórico en el espacio-tiempo (Bruselas y Londres en 1903) cuando en el hoy famoso "Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso" se opuso a la exigencia leninista de una élite estrechamente organizada y altamente disciplinada dentro del Partido, élite compuesta por revolucionarios profesionales, y propuso a su vez un partido de la clase obrera, constituido por las masas, organizado democráticamente, dentro de los límites de las circunstancias rusas. Subyacente al "problema de organización" se hallaba, desde luego, lo que el menchevique Simón Liberman (*Building Lenin's Russia*, pág. 94) llamaría "la viejísima disputa entre las dos corrientes principales del marxismo ruso: ¿quién va a decidir la suerte de la clase obrera? ¿Lo va a hacer la clase obrera como un todo, según el patrón de las democracias occidentales? ¿O lo va a hacer una vanguardia, consciente de la clase, que hable en nombre del conjunto: el partido revolucionario que entiende mejor que la masa miope lo que son los intereses verdaderos del proletariado?" Julio Martov, en consonancia con la línea europea del pensamiento marxista, sin vacilación alguna adoptó la primera de esas posturas y, desde entonces, jamás cesó de oponerse y de denunciar lo que él consideraba la invasión del espíritu del jacobinismo, del blanquis-

mo, del anarquismo, de Narodnichestvo y aun del reaccionario zarismo propio en el marxismo ruso a través de los bolcheviques. De esta manera, por caer en la hendidura entre los dos principales movimientos "de izquierda" en el mundo moderno, el nombre y las aportaciones de Julio Martov han sido devorados por la obscuridad, fuera, naturalmente, del mundo de los eruditos.

Puesto que cualquier estimación apropiada del papel de Julio Martov antes y después de 1917 tiene que descansar sobre el récord histórico, es preciso mostrar al lector los datos esenciales sobre sus ideas y conductas, aun a costa de una excesiva simplificación. El 22 de mayo de 1917 Martov regresó a Petrogrado, luego de prolongada ausencia en el extranjero. Petrogrado era entonces la capital de la Rusia revolucionaria. Martov, como Lenín, trató de establecer un liderazgo efectivo dentro de la organización rusa (para distinguirla de la del exilio) de su partido y de reorientar (o en la terminología de Trotsky "rearmar") su partido siguiendo líneas de estrategia y de táctica cautelosamente meditadas. Pero, contrario a lo que sucedió con Lenín, fracasó en su intento. Por consiguiente, ayudó a organizar una facción, o cuasi-partido, los Internacionalistas Mencheviques, dentro del Partido Menchevique. Esta facción adoptó luego pautas políticas independientes del menchevismo oficial, pautas que superficialmente eran paralelas a las de los bolcheviques. Martov se opuso siempre a las políticas y a la composición del Gobierno Provisional, tanto bajo el Príncipe Lvov como bajo Kerensky, y a la colaboración dentro del gobierno de los delegados socialistas y soviéticos con los delegados verdaderos o autodesignados de la "burguesía liberal". Su programa insistía en que se realizaran urgentemente esfuerzos vigorosos para terminar en la participación rusa en la Guerra, para que se resolviera el problema ruso de la tierra satisfaciendo los intereses y aspiraciones de las masas campesinas; para asegurar la convocatoria y elección a la brevedad posible de la "Asamblea Constituyente", por tanto tiempo prometida y demorada, y, finalmente, para transferir el poder del estado del Gobierno Provisional a las Instituciones Soviéticas, como condición históricamente necesaria para resolver los problemas más urgentes, para salvar a la postre la Revolución y para la más rápida realización del ideal de "Asamblea Constituyente". En esto último insistió cada vez con mayor intensidad después de julio de 1917. Es cierto que después de ese mes y el subsiguiente los Internacionalistas Mencheviques consiguieron aumentar un poco su respaldo en las masas, pero sólo fue por algún tiempo. Mientras tanto, el Partido Menchevique, atado a una política de "defensa" por su liderazgo oficial, por la aceptación esencial, aunque no carente de crítica, del Gobierno Ofi-

cial y por su rechazo de la fórmula del "Poder para los Soviets" padeció, en casi toda Rusia salvo Georgia, y especialmente entre los obreros industriales, una deserción rápida y radical. Gran parte de su matrícula se volcó en los bolcheviques. Por otro lado, Lenín y los bolcheviques, manipulando hábilmente posiciones —por medio de la utilización de consignas— que se parecían muchísimo o eran virtualmente idénticas a las de Martov obtuvieron rápidamente un gran aumento en, el apoyo de las masas, sobre todo entre los proletarios y los militares, tal como lo revelan las cifras de la matrícula del partido y las elecciones a las instituciones soviéticas. A pesar de que era posible demostrar que carecían de una mayoría formal en la población total, tal aumento les permitió conquistar, mantener, expandir y a la postre consolidar su poder en todo lo que quedaba del territorio del viejo Imperio Ruso de 1918. Aunque Martov mismo rechazó de plano todas las sugerencias dentro y fuera de sus propias filas para amalgamar los Mencheviques Internacionalistas con la masa creciente de bolcheviques (por ejemplo, para N. N. Sujánov, "El peligro de la Revolución viene ahora de la Izquierda y no de la Derecha") y aunque durante la Crisis de Noviembre, Martov hizo todo lo posible, dentro de sus limitadas facultades, para impedir que surgiera una Dictadura Bolchevique, al paralelismo aparential entre su propio programa y el de los bolcheviques y los récords de votaciones muy parecidos de los dos grupos en el Soviet de Trabajadores y Soldados de Petrogrado han fomentado la tendencia histórica de macularlo —a pesar de su largo historial de conflicto político con el leninismo de 1903 a 1917— con el estigma del criptobolchevismo.

Ninguna acusación pudiera ser más plausible superficialmente pero más falsa en lo fundamental. No se puede negar que Lenín y Martov compartieron enfoques semejantes frente a la guerra y a los problemas agrarios, pero tales posiciones eran características de la gama "izquierda" del espectro revolucionario ruso y no sirven para establecer una "identidad" entre ellos. Lo que es esencial reconocer, sin embargo, es que en lo que concierne a las dos cuestiones cruciales de la "Asamblea Constituyente" y del "Poder para los Soviets", Martov y Lenín, aunque en posiciones programáticas paralelas, se hallan fundamentalmente separados en lo ideológico. Además, existe evidencia que indica que este hecho era reconocido por ambas partes, aunque tal vez no tan claramente en aquellos tiempos (particularmente en la facción de Martov) como en la retrospectiva histórica. Para Martov, hombre de profunda convicción democrática, la "Asamblea Constituyente", a ser elegida sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto, era la realización de un "mito" tradicional revolucionario que guardaba en su seno la esperanza de una transformación

democrática de la vida política y social rusa, como condición indispensable a la realización final de una sociedad socialista. Para Lenín, el revolucionario oportunista por excelencia, la resonante demanda —tantas veces repetida— de convocatoria y elección inmediata de la Asamblea Constituyente era (como se demostró históricamente después de la Revolución Bolchevique) un poco más que una diversión cínica enderezada tácticamente a desacreditar al Gobierno Provisional (cuyas tácticas dilatorias de la Asamblea Constituyente ya se estaban haciendo notorias). También tenía el propósito de infundir seguridad a aquellos miembros de su Partido (de éstos había muchos), que todavía seguían cautivos de las ilusiones “democráticas”. En fin, pretendía aumentar la fuerza del bolchevismo en el pueblo apelando a las aspiraciones democráticas de las masas en aras del golpe inminente de los soviets para ocupar el poder político y establecer la dictadura en el estado. Parejamente, para Lenín la consigna “Todo el Poder para los Soviets”, que literalmente parecía una demanda para que se trasladara el poder político a los delegados libremente electos por los trabajadores, los soldados y los campesinos en las instituciones soviéticas, era primordialmente un instrumento para ejercer presión y desacreditar al liderazgo menchevique-socialista revolucionario del Soviet de Petrogrado y la Comisión Ejecutiva Soviética Panrusa. De esta manera, a través del control bolchevique de las mayorías soviéticas, que se proyectaba y anticipaba en el futuro se podrían realizar los propósitos verdaderos y esenciales de la estrategia leninista: el derrocamiento, por la acción cuasimilitar con apoyo popular o consentimiento popular considerables y con la sanción de la Organización Soviética, del Gobierno Provisional y el establecimiento del Régimen Leninista.

La consigna “Todo el Poder para los Soviets” enmascaraba eficazmente otra consigna “Todo el Poder para el Partido Bolchevique”, que fue ensayada y rápidamente descartada, y despojó el camino, en virtud de su éxito, para atrofiar gradualmente los soviets, una vez tan vitales, convirtiéndolos en otros tantos apéndices y fachadas del estado monopartita. Para Martov, “Todo el Poder para los Soviets” era un prelude necesario a la “Asamblea Constituyente” (sobre la cual abrigaba la esperanza de que sancionaría su continuidad) y fue concebido como una transferencia efectiva en lo institucional del poder del estado desde un Gobierno Provisional, carente de eficacia y cada día menos representativo, a las instituciones emergentes *de facto* de la clase obrera. Aquel Gobierno Provisional había estado degenerando rápidamente en una “dictadura” (si es que se puede usar esta palabra aplicándola a este hombre en este contexto) de Alejandro Kerensky. De manera —que para Martov la consigna susodicha apenas si podría

ser un recurso táctico— que tuviera como fin disfrazar y fomentar las ambiciones de poder de un solo partido y su élite directora. Representaba para él un compromiso político con un cambio institucional básico en una dirección esencialmente democrática, es decir, hacia un orden político basado en la autoridad de los soviets y manifestándose, como lo había propuesto Martov, inicialmente en la forma de un gobierno de coalición de los principales partidos soviéticos (vale decir, principalmente los mencheviques, los bolcheviques y los socialistas revolucionarios). Esta interpretación cuenta con el apoyo del experto en cuestiones soviéticas, reconocido internacionalmente, Leonard Schapiro, quien al referirse a Martov como “el líder del ala izquierda menchevique y un marxista tan enterado como Lenin” le atribuye el haber percibido “la solución de la crisis de Rusia de 1917 en un régimen cuasiparlamentario, apoyado por un “frente popular” de los principales partidos socialistas, gobernando mediante los soviets”. Es interesante también que Schapiro añade que “en noviembre de 1917, existían aún muchos bolcheviques eminentes que creían que el propósito de Lenin al tomar el poder había sido crear justamente tal sistema”. De esta guisa, una vez más, como sucedió con la “Asamblea Constituyente”, los latiguillos y exigencias “democráticas” pueden ser enfocadas desde dos perspectivas: ya sea como recursos manipulativos cuyo fin es aumentar el respaldo de las masas a las ambiciones políticas de un movimiento autoritario de élite, ya sea como expresiones de la más profunda convicción democrática que concibe la reconstrucción de la vida política y social de Rusia sobre fundamentos democráticos (ya sea en la forma de un auténtico “Poder de los Soviets” o de la “Asamblea Constituyente” o, en consonancia con las expectativas de Martov, *mediante* el traslado del Poder de los Soviets a la Asamblea Constituyente y de ahí, una vez más, de vuelta al Poder de los Soviets, con la sanción de la Asamblea Constituyente).

Para beneficio del lector, es preciso en esta coyuntura hacer una breve pausa y en aras de la precisión y de la solidez, aclarar ciertos puntos. Primero, Martov, al identificarse con la demanda del Poder para los Soviets estaba en efecto manifestándose contra la expectativa prevaleciente entre los mencheviques de que la “burguesía liberal” tendría la primacía en la “Revolución Democrática Burguesa” (tomando en cuenta que la inminente Revolución Rusa era considerada, característicamente, por casi todos los líderes marxistas, con la excepción de Trotsky, como el equivalente ruso de la Revolución Francesa, de la misma manera que este fenómeno era percibido a través de cristales marxistas). En cierto sentido Martov, aunque todavía comprometido con la idea de la “revolución burguesa”, estaba volviendo con el con-

cepto de "Poder de los Soviets" a la posición original del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (antes del cisma menchevique-bolchevique), tal como fuera formulada por Peter Struve en el Manifiesto del P.O.S.D.R. en el "congreso" fundador de aquel Partido en marzo de 1898. Decía el Manifiesto:

Mientras más hacia el este viaja uno en Europa, más débil, más mezquina y más cobarde en el sentido político se vuelve la burguesía, y mayores son las tareas culturales y políticas que corresponden al proletariado. Sobre sus robustos hombros, la clase obrera rusa tiene que cargar y cargará la misión de conquistar la libertad política. Este es un paso esencial, pero sólo el primer paso, para la realización de la gran misión histórica del proletariado, la fundación de un orden social en que no haya sitio para la explotación del hombre por el hombre".

En segundo lugar, en vista de que la mentalidad contemporánea se ha acostumbrado a asociar casi inevitablemente la palabra "soviet" con "comunista", es necesario señalar brevemente que las "instituciones de los soviets" fueron históricamente productos auténticos y espontáneos *no* de la iniciativa bolchevique sino de las circunstancias revolucionarias de 1905 y luego de 1917. Fueron los soviets brotes institucionales de la Revolución basados en el principio de la participación electiva. Su fin original era proteger y fomentar los intereses de las clases trabajadoras dentro del cuadro histórico de la Revolución. Contrario a la idea de que se trata de creaciones bolcheviques, el Soviet de San Petersburgo de 1905 funcionó bajo la dirección menchevique, mientras que la Comisión Ejecutiva del Soviet (revivido) de Petrogrado estuvo desde su establecimiento en marzo de 1917 hasta septiembre del mismo año bajo el control efectivo de una coalición revolucionaria menchevique-socialista. Aunque al comenzar la Revolución los soviets no fueron original y conscientemente establecidos como órganos futuros del poder político, su demanda potencial de tal poder (no obstante la renuencia de los líderes más viejos a enfilear esa vía) debe ser considerada tan plenamente legítima (en el más amplio sentido) como la del "Gobierno Provisional". Este pendía de las delgadas fibras del reconocimiento diplomático aliado, el consentimiento de los soviets, el carisma deslustrado de Kerensky, y una equívoca reclamación legalista a una cuasi-legitimidad heredada del pasado zarista a través de la Comisión Provisional de la Duma Imperial. Además, nadie puede seriamente negar que las instituciones de los soviets llegaron después de marzo de 1917, a contar con la lealtad y la participación de considerables masas de trabajadores, soldados y campe-

sinos, mientras que el Gobierno Provisional había descendido para noviembre a una situación en que prácticamente se representaba él mismo y (en contraste con la Cámara de los Lores británica) no llegaba ni a contar con la confianza sólida de su propia matrícula. Y, finalmente, hay que señalar que Lenín, congruentemente con su escepticismo suspicaz de todo lo que fuera "espontáneo" y "democrático" (y, desde luego, bajo el liderazgo menchevique) se mantuvo él y su facción fundamentalmente distanciado del movimiento de los soviets en 1905. Sin embargo, en 1917, y dando crédito a su inteligencia estratégica, propuso a su Partido y a las masas rusas el hoy famoso (o notorio) Punto 5 en las Tesis de Abril:

"No una república parlamentaria — sino una república de Diputados de los Soviets de Trabajadores, Peones y Campesinos en todo el país, *de abajo hacia arriba*.

"Paga a todos los funcionarios, quenes *serán elegidos y depuestos en cualquier momento*, sin que se le pague más que a un buen obrero. (Subrayado mío.)

Finalmente, para calibrar apropiadamente la relación de Martov con el bolchevismo, es necesario recordar que antes de noviembre de 1917, muchos bolcheviques se hallaban más cerca de Martov en su concepción del "Poder de los Soviets" que de Lenín. Además, Lenín mismo, ya fuera por espíritu de cínica decepción o en homenaje atávico a los elementos democráticos en la tradición marxista, alimentó cuidadosamente tales ilusiones. De esta suerte, en vísperas de la Revolución de Noviembre, Lenín declaró: "Si los soviets asumieran el poder podrían todavía — y probablemente ésta es la última oportunidad — asegurar el desarrollo pacífico de la revolución, la elección pacífica de sus diputados por el pueblo, la rivalidad pacífica de los Partidos dentro de los soviets, la experimentación con los programas de los diferentes Partidos y el traspaso de poder de un Partido a otro".

El camarada Lenín estaba equivocado o engañaba. La toma del poder por el Partido Bolchevique ("los soviets") lejos de "asegurar el desarrollo pacífico de la revolución" garantizó el comienzo de casi cuatro años de Guerra Civil e Intervención Extranjera. El récord histórico demuestra que la promesa deslumbrante de la "democracia soviética" era un sueño de dicha condenado a morir, como lo de la "Asamblea Constituyente".

Contra este telón de fondo no es sorprendente que a veces Julio Martov —sin la experiencia histórica de nuestra propia generación— parezca admitir la postura leninista tal como se le ofrece. No obstan-

te, sobre la base de su larga polémica contra el leninismo y sus agudos análisis del mismo, apenas si se puede dudar de que Martov esencialmente reconocía que (en las palabras de su colega N. N. Sujánov refiriéndose a los acontecimientos de Noviembre):

“Nuestra fracción [los mencheviques internacionalistas] hacía tiempo que favorecía una *dictadura de la democracia soviética*. Nos dividía de los bolcheviques no tanto la teoría como la práctica, como se reveló más tarde; nos dividían no tanto las consignas sino una concepción profundamente distinta de su significado interior. Los bolcheviques reservaban ese significado para uso de la élite directora y no lo llevaban a las masas”.

Bajo la formulación un tanto ampulosa de Sujánov se halla —una vez más— la contradicción básica entre bolcheviques y mencheviques: los primeros exaltando el rol de una élite revolucionaria autodesignada, que supuestamente conoce y representa los intereses históricos y la “voluntad verdadera” del proletariado ruso y la “humanidad progresista”; los últimos expresando con insistencia su confianza en la capacidad de la clase obrera a través de la experiencia histórica y dentro del marco de las instituciones democráticas para reconocer y llevar a la práctica satisfactoriamente sus propias voliciones y sus mejores intereses.

Además, y esto es un punto crucial, Martov, reconociendo *tanto* la naturaleza esencial del leninismo *como* las fuerzas que impulsaban a Rusia casi inevitablemente hacia una Revolución de Noviembre, es decir hacia el derrocamiento revolucionario del Gobierno Provisional y su substitución por un régimen de soviets, intentó sin éxito *frustrar* la transformación histórica de aquel “Noviembre” en el comienzo de la Dictadura Bolchevique. Aunque como marxista reconocía la sincera convicción “socialista” del movimiento de Lenín y su base muy real y muy creciente en el proletariado, Martov y sus seguidores se dieron cuenta plenamente, en su mayoría, del potencial autoritario del leninismo así como temieron, además, que el extremismo bolchevique empujara a Rusia y a la Revolución hacia peligrosos arrecifes históricos. Martov repitió sus advertencias al liderazgo bolchevique contra cualquier intento de establecer el régimen de un solo partido, en contradistinción a una coalición de partidos “socialistas” o a un sistema de Democracia Soviética, o contra el inicio prematuro de un derrotero que condujera a una “dictadura del proletariado” y a la “renovación socialista”. En consonancia con los supuestos tradicionales del marxismo ruso —supuestos compartidos, una vez más, por casi todos los marxistas importantes, salvo Trotsky, antes de la Primera Guerra Mundial—, Martov pensaba en una larga y necesaria etapa intermedia de carácter esencialmente “burgués democrático”, para el desarrollo

político y económico de Rusia antes del triunfo final de la causa socialista. Por lo tanto, previno que cualquier intento violento y voluntario de telescopear el desarrollo histórico, es decir de abreviar radicalmente el paso del zarismo al socialismo, sería de corta duración (despejando así el camino para el triunfo de la derecha contrarrevolucionaria) o produciría severas deformaciones en el proceso histórico llegando hasta negar en aspectos vitales y por un período indefinido la realización de la idea tradicional marxista sobre el espíritu y contenido de una sociedad socialista: la idea de una sociedad caracterizada por la propiedad y control democráticos de los más importantes medios de producción, distribución y cambio, por la justicia distributiva, por la eliminación de los privilegios, la riqueza y el poder de las clases y por la organización final de la estructura del estado sobre la base del sufragio universal, la libertad en la organización política y en la expresión política y el principio de representación. Acorde con estos puntos de vista, advirtió al leninismo que "la ilusión anarquista de la destrucción del estado [sic] encubre la tendencia a concentrar todo el poder compulsorio del Estado en las manos de una minoría, que no cree en la lógica objetiva de la revolución ni en la conciencia de clase de la mayoría del proletariado internacional y, con menos razón aún, de la mayoría nacional". Fueron Martov y sus partidarios quienes calificaron correctamente al Régimen Leninista de "Dictadura sobre el proletariado" y quienes recalcaron su oposición al caracterizar doctrinariamente el concepto marxista de "la dictadura del proletariado" en los términos siguientes:

"Una fuerza efectiva concentrada en el estado, que puede de esta forma realizar la voluntad consciente de la mayoría a pesar de la resistencia de una minoría económicamente poderosa. He aquí la dictadura del proletariado. No puede ser otra cosa a la luz de las enseñanzas de Marx. Tal dictadura no solamente debe adaptarse a un régimen democrático sino que sólo puede existir dentro del marco de la democracia, es decir en condiciones en que todos los ciudadanos puedan ejercer completamente la absoluta igualdad política. Tal dictadura puede ser concebida únicamente en una situación en que el proletariado haya unido efectivamente a su alrededor "todos los elementos sanos" de la nación, vale decir, todos los que no tienen otra alternativa que no sea beneficiarse de la transformación revolucionaria inscrita en el programa del proletariado. Se puede establecer sólo cuando todos los elementos sanos hayan sido llevados a reconocer las ventajas que derivarían de tal transformación. El gobierno que encarne tal "dictadura" será, en el sentido pleno de la palabra, un "gobierno nacional".

Después de la Revolución Bolchevique —y dentro del área bajo el control “soviético”— Martov, ahora que la historia había resuelto esencialmente las contradicciones previas a noviembre dentro de su partido, logró reconquistar el liderazgo sobre los restos del menchevismo ruso y comenzó la difícil tarea de reorientación y de reorganización. Evadió el camino de la oposición violenta y se negó a ofrecer apoyo militar o moral alguno a los Ejércitos Blancos o a los intervencionistas extranjeros. El partido de Martov fue el único en Rusia que trató de seguir la ruta de la oposición política al Régimen Bolchevique por aquellos medios legales y pacíficos que permanecieran disponibles dentro de la estructura del sistema soviético. Con otras palabras, el menchevismo ruso (en contraste con sus colegas de Georgia, que favorecían la secesión) intentó en circunstancias muy poco apropiadas asumir el papel de “oposición leal”, “leal” entiéndase bien no a la dirección bolchevique sino al Sistema de los Soviets, a la Revolución Rusa y al proletariado. Su intención era trabajar, no importa las dificultades, los peligros y las provocaciones, mientras existieran cauces efectivos de acción y expresión política independiente, y hacerlo con la esperanza, que históricamente resultaba remota, de que en tal oposición “legal” pudiera existir la posibilidad de lo siguiente:

(A) influir en forma importante y moderar el comportamiento de los bolcheviques, y, (B) poder conquistar el poder, a la postre, pacífica y legalmente, mediante los mecanismos internos del sistema soviético y con el apoyo de una mayoría de los electores soviéticos. Durante la Guerra Civil, el Partido Menchevique funcionó bajo la tolerancia desigual y renuente del Régimen (por ejemplo, en 1918, fue proscrito y luego restaurado a la gracia legal) y trató de seguir una vía intermedia entre el Escila del bolchevismo y el Caribdis de la Contrarrevolución. De acuerdo con este enfoque estratégico se puso a la brega, siempre que le fue posible, de difundir sus puntos de vista en periódicos y en panfletos; lanzó un manifiesto impresionante con sus doctrinas políticas y económicas (irónicamente se titulaba: “¿Qué se debe hacer?”); participó, como partido de la minoría y hasta donde le fue posible en campañas para elegir delegados a los soviets y dentro de la vida de los soviets (incluyendo la Comisión Ejecutiva) y de los sindicatos; y efectuó una labor crítica, libre y responsable, de las acciones y políticas de los líderes bolcheviques (que ahora se volvían a llamar “comunistas”) tanto en lo económico como en lo político, mientras que al mismo tiempo ofrecía su cooperación plenaria en aras de los objetivos comunes. En este respecto, Martov colaboró frecuentemente en la prensa menchevique semilegal y rindió servicios tanto como delegado menchevique al Soviet de Moscú y como miembro

minoritario de la Comisión Ejecutiva Soviética. En esta condición, él y sus colegas de partido, discreparon fuertemente, por voz y por voto, del liderazgo bolchevique en torno a las siguientes cuestiones decisivas: la ratificación del Tratado de Brest-Litovsk, la disolución forzosa de la Asamblea Constituyente, la utilización del Terror sistemático (y con ello el papel de la Checa), el control político sobre las organizaciones sindicales y las medidas coactivas contra el campesinado durante el período del "Comunismo de Guerra". (He mencionado sólo algunas de las cuestiones más importantes). Por desgracia, los fundamentos de la actividad "legal" menchevique eran muy débiles, puesto que dependían esencialmente de la tolerancia de un régimen autoritario hostil y de la vitalidad de los soviets. Sobre estos se puede decir que después de noviembre propendieron cada vez más a asumir un papel muy secundario y auxiliar en una dictadura de un partido (con el poder efectivo alojándose en el Partido antes que en las organizaciones de los soviets). Sobre el Partido Menchevique hay que decir que no importa lo útil, desde el punto de vista de la estrategia o de la propaganda, que la presencia menchevique pudiera ser al Régimen bolchevique durante la Guerra Civil, al terminar ese período su utilidad histórica había finiquitado. Entonces sirvió principalmente como obstáculo al establecimiento de una hegemonía monopolista de la vida política, como un competidor peligroso en lo que atañe a la fidelidad de las clases trabajadoras en tiempos (1920-1921) en que cundía el disgusto con los bolcheviques entre el proletariado y dada la índole de la mentalidad bolchevique como una fuente real o potencial de "contrarrevolución". Pues lo cierto es que para 1920-1921, la actividad política de los mencheviques había logrado debilitar substancialmente la fuerza de los bolcheviques y su influencia entre las clases trabajadoras. Como lo informa Leonard Schapiro:

"Los mencheviques... estaban rápidamente recobrando terreno a pesar de todos los obstáculos que se les interponían. Tan tarde como en 1920, los mencheviques consiguieron la elección de 45 delegados al soviet de Moscú, más de 225 en Jarkov e importantes delegaciones en un par de docenas adicionales de soviets. En muchos, si no en todos los sindicatos, los mencheviques y sus partidarios eran muy superiores al haz de comunistas carentes de popularidad que dominaban los organismos sindicales y en tres sindicatos por lo menos, los mencheviques predominaron hasta 1921 a pesar de todos los esfuerzos comunistas por desalojarlos. Y lo que era más alarmante, desde el punto de vista comunista, era que hasta los propios comunistas estaban comenzando a escuchar con respeto, hacia 1920, lo que decían los mencheviques en el sindicato. Se habían acabado los días, como sucedió

en 1918 ó 1919, en que la palabra "libertad" en boca de un menchevique era saludada por los comunistas con silbidos, rechiflas, y gritos de "vergüenza". Se acercaba rápidamente el momento en que sería preciso dar pleno reconocimiento legal a los partidos socialistas o destruirlos".

Además, en 1921 los mencheviques pudieron ver la confirmación de sus previas críticas económicas cuando los bolcheviques adoptaran la decisión de abandonar "el Comunismo de Guerra" y adoptar la "Nueva Política Económica", pues ésta seguía casi punto por punto el programa económico menchevique en "¿Qué se Debe Hacer?". Por mala fortuna, contrario a la cultura política de los sistemas democráticos, la fortaleza creciente del menchevismo y la confirmación de las doctrinas económicas del Partido en vez de aproximarlos al poder aseguraron su urgente y efectiva supresión a manos de un Régimen que no estaba dispuesto a ceder su supremacía ya fuera sobre la base de su creciente impopularidad o de la bancarrota autoproclamada de su anterior política económica. A fines de 1920 Martov tuvo que exiliarse, frente a la represión que se intensificaba, y en abril de 1921, Lenin proclamaba que "el lugar para los mencheviques y los socialistas revolucionarios, tantos los que lo son abiertamente como los que se disfrazan de "no-partidistas", es en la prisión (o en periódicos extranjeros junto a los Guardias Blancos. Voluntariamente dejamos que Martov se marchara al extranjero)". Al mes siguiente, mayo de 1921, el Partido Menchevique fue oficialmente proscrito y luego se convirtió en el blanco de la más severas medidas oficiales de supresión: su prensa fue destruida, su organización fue despedazada y su matrícula e influencia en los soviets y en los sindicatos se redujo a nada. Para 1922, la "oposición leal" de los mencheviques había dejado fundamentalmente de existir en Rusia y su matrícula y liderazgo estaban en prisión, en el destierro o se habían "ajustado" de diversos modos al Nuevo Orden.

Es oportuno observar que lo que acabamos de decir de un méntis directo a dos asertos muy favorecidos por los comunistas y sus simpatizadores: el primero es que las medidas de represión política bolchevique fueron la consecuencia desagradable aunque inevitable de las circunstancias críticas de la "Guerra Civil y de la Intervención Extranjera", y, el segundo, que las víctimas de tales medidas fueron, casi sin excepción, "contrarrevolucionarios" francos o encubiertos (y, por lo tanto, apenas si tenían derecho a un trato "liberal" en circunstancias revolucionarias). Pues, como hemos visto, la aniquilación final del menchevismo, después de varios años de semi-tolerancia, ocurrió no durante la Guerra Civil sino después, en días en que de hecho (y no

por casualidad) el liderazgo comunista había sorteado las pruebas de la guerra civil y de la intervención extranjera y había resuelto adoptar, casi completamente, el programa económico menchevique. (De esta manera, confirmaban implícitamente las prevenciones de Martov contra una "socialización" excesiva y prematura y su insistencia de que Rusia —a pesar del Sistema de los Soviets y el Régimen Bolchevique— se hallaba todavía en medio de una "revolución burguesa".) Y, además, el Partido Menchevique, bajo la dirección de Martov llegó a sancionar la Revolución de Noviembre (no importa con cuáles reservas y a pesar de la acción de algunos de sus miembros de la rama de Georgia que se había separado de la colectividad). La había sancionado como algo históricamente "necesario" y "progresista". El Partido eludió cuidadosamente la violencia y la provocación contra el Régimen Comunista. Se comprometió a utilizar las vías legales de expresión y de cambio dentro del estado de la Dictadura Soviética y apoyó en forma militante al Régimen en su lucha armada contra los "Blancos Rusos" y las fuerzas extranjeras en la periferia de la zona de control soviética. No se puede calificar de "contrarrevolucionario" al movimiento menchevique después de noviembre a base de criterio racional u objetivo alguno, salvo si se entiende: (a) que cualquier movimiento político, no importa su carácter, independiente del régimen comunista establecido o en actitud crítica frente a éste es, por definición, y de acuerdo con el principio de que quien no está con nosotros está contra nosotros, relegado calumniosamente al rango de "contrarrevolucionario", o (b) que no posee sinceridad socialista ni integridad de principios políticos, conforme a la característica incapacidad bolchevique de reconocer tal sinceridad e integridad a los movimientos no-bolcheviques.

No es fácil para la mentalidad occidental comprender o aprobar el papel de Martov durante el periodo que va de noviembre de 1917 a su destierro a fines de 1920. Términos como "oposición leal" y "métodos legales de lucha", cuando son utilizados en relación con las dictaduras comunistas no dejan de despertar sospechas de que en efecto estamos tratando con un individuo increíblemente ingenuo o con un "compañero de viaje" bolchevique, incapaz, por las razones que sean, de identificarse plenamente con la causa comunista. Es preciso recordar —una vez más— que Martov y sus prosélitos no poseían —no podían poseer— la experiencia histórica de generaciones posteriores con respecto a las motivaciones y la dinámica de los movimientos totalitarios. No obstante las acusaciones susodichas, que ciertamente no carecen de algún grado de validez, se quedan muy distantes de la verdad histórica y no logran percibir tanto las motivaciones subya-

centes de la política de Martov y, una vez más, su profunda convicción democrática (tal como se entiende la palabra "democrática" en el mundo occidental). Desafortunadamente, para apreciar los derroteros seguidos por los mencheviques se exige una comprensión de la mentalidad marxista y un conocimiento de las circunstancias históricas rusas mucho mayores de los que suele poseer el lector occidental corriente. Después de noviembre de 1917, Martov y su partido tenían que elegir entre diversas estrategias que pueden ser esquematizadas en la forma siguiente: (A) buscar una amalgama con los movimientos bolcheviques (como lo hizo Trotsky y sus seguidores "interdistritales" en agosto de 1917) o buscar una coalición formal en el gobierno con los predominantes bolcheviques (como lo hicieron "los socialistas revolucionarios de izquierda" hasta comienzos de 1918); (B) adoptar una política de violenta oposición al Régimen Bolchevique, por los medios que les parecieran más convenientes, y (C) tratar de desarrollar una oposición independiente, pacífica e históricamente responsable a través de cualesquiera medios y dentro de cualesquiera instituciones disponibles dentro del nuevo sistema político. La elección de esta última alternativa fue obra no sencillamente de Martov sino de la mayoría abrumadora de los líderes mencheviques. He aquí su justificación racional:

A) La Revolución de Noviembre. Es decir, la terminación de la "Soberanía Dual" y el traspaso del poder político formal del estado del Gobierno Provisional a un régimen sancionado por la "democracia de los soviets", pueden ser considerados no solamente como algo de carácter "progresista" y con toda probabilidad constituyen un fenómeno histórico irreversible. El beneficiado político inmediato de este traspaso, el Partido Bolchevique, aunque manifiesta orientaciones autoritarias elitistas, tendencias al "extremismo" e influencias doctrinarias no-marxistas debe ser calibrado realistamente como un partido socialista marxista que, dentro de la configuración de las circunstancias revolucionarias, disfrutaba en noviembre y después del apoyo mayoritario del proletariado ruso y de una cierta "legitimidad" que se derivaba de la aprobación de los soviets.

B) Podía esperarse con toda probabilidad que este traspaso, ocurriendo como ocurrió en un país económicamente atrasado, con un proletariado subdesarrollado tanto en términos de cantidad como de calidad, en una situación de hostilidad internacional y con la perspectiva de un aislamiento prolongado, en un país largo tiempo acostumbrado a patrones autoritarios de gobierno y sin un récord significativo anterior de experiencia política democrática, y, finalmente, bajo la gestión inmediata de un partido elitista autoritario, podía esperarse

—repite— que tendría consecuencias históricas y manifestaría formas históricas muy diferentes a las tradicionalmente esperadas por la oposición menchevique.

C) En estas circunstancias, la prognosis inmediata de una trayectoria de evolución "democrática socialista" en Rusia debe ser fundamentalmente pesimista, ya que Martov y sus colaboradores no podían abrigar muchas ilusiones sobre la índole misma del bolchevismo.

D) No obstante, *primero*, amalgamarse con los bolcheviques equivaldría a traicionar el papel tradicional del Partido Menchevique como centinela de la persuasión democrática dentro de los movimientos marxistas rusos, mientras que pasar a la oposición violenta sería lo mismo que atacar no sólo a los bolcheviques sino al sistema soviético y al proletariado ruso con el cual aquéllos buscaban, querían o reclamaban la identificación. *Segundo*, sería provocar la represalia inmediata y brutal contra el Partido y sus seguidores, sin que existiera posibilidad real alguna de una resistencia efectiva. *Tercero*, sería entregarse a un esfuerzo fútil o a uno que sólo podría resultar en ayuda a las fuerzas contrarrevolucionarias (puesto que, como lo atestigua autoridad no menor que William Henry Chamberlin, la alternativa histórica efectiva al bolchevismo entre 1918 y 1920 no era la "democracia" sino la dictadura militar conservadora y el Terror Blanco). *Cuarto*, perder el apoyo y las simpatías para siempre de las clases trabajadoras rusas y con esto eliminar cualquier esperanza de que una parte importante del proletariado regresara a la fidelidad al ideario democrático. *Quinto*, eliminar la posibilidad de ejercer una influencia pacífica sobre los líderes y miembros del Partido Bolchevique a los fines de mitigar el terror y prevenir los excesos de los aventureros políticos y económicos de la extrema izquierda. *Sexto*, entregar a sus contrincantes bolcheviques el monopolio prácticamente absoluto de la "identificación" revolucionaria y del control de los soviets, lo cual implicaría la renuncia a todas las oportunidades, legales y dentro del marco del sistema soviético, de hacer llegar sus puntos de vista y críticas a los miembros del Partido Comunista y de las masas rusas. Y, *por último*, perder la oportunidad histórica de legar a las futuras generaciones soviéticas una herencia "honorable" menchevique, que involucraría la aceptación de la Revolución de Noviembre con un feriente compromiso a desarrollarla a la postre dentro de direcciones democráticas, libertarias y socialistas.

Se puede conceder en aras de la discusión que el experimento menchevique estaba de antemano condenado a fracasar o hasta que Martov y sus partidarios eran culpables de una cierta ingenuidad al pensar en un posible éxito. Sin embargo, en vista de la justificación racional

antes esbozada, resulta difícil sostener que no valía la pena hacer el experimento, tan siquiera porque el hacerlo sirvió para desenmascarar, ante el proletariado ruso y ante el proletariado internacional, la "Democracia Soviética" de los bolcheviques como una fachada de *papier maché*, detrás de la cual se ocultaba la voluntad severísima de mantener un monopolio de un solo partido en el estado, excluyendo del redil de la legitimidad a todos los movimientos de oposición y convirtiendo a los organismos de los soviets, que fueron tan vitales y democráticos, al papel de meros "sellos de goma" de la dictadura del Partido. Por desdicha, en muchas ocasiones la historia ofrece sólo las más duras alternativas: Lenín o Denikín; las más duras perspectivas: el traspaso prematuro, en ciertas circunstancias, del poder del estado a un partido socialista autoritario en una sociedad económicamente atrasada sin fuerte tradición democrática y rodeada por un mundo hostil; y las posibilidades más sombrías para la implicación efectiva de un partido socialista democrático dentro de la tradición marxista. Al darse cuenta de que no había posibilidad de echar para atrás la decisión de noviembre, del potencial totalitario del movimiento leninista y de su antipatía hacia Martov y sus ideales, el líder menchevique y sus colegas se esforzaron por atenuar el terror bolchevique y a través de la prensa, dentro de los gremios y en los soviets, como delegados minoritarios bajo fuerte presión, trataron de educar a las clases trabajadoras y de llegar a las conciencias de todos, excepto de los comunistas más endurecidos, formulando y difundiendo ideas socialistas democráticas y críticas pertinentes a la situación histórica de Rusia después de 1917. La decisión de Martov de funcionar por tanto tiempo como fuera posible dentro de las instituciones soviéticas suministra prueba no sólo de su confianza en la forma del soviet (aunque no en su perversión bolchevique) sino también de un empleo inteligente —no importa lo débiles o lo sombrías que puedan ser las perspectivas— de todos los medios legales de lucha con el liderazgo comunista. El contenido de las críticas mencheviques siguió siendo profundamente democrático ya estuvieran dirigidas contra la disolución obligada de la Asamblea Constituyente, contra la atrofia de los soviets, el aumento del control centralizado del Partido Comunista, la actividad de la Checa o en la defensa militante del derecho de todos los partidos socialistas dentro de la zona soviética a vivir una existencia independiente. Pues lo cierto es que para Martov, escribiendo en 1919 dentro de la Unión Soviética, "las piedras de toque inalienables de un régimen democrático ("no importa cuán limitado sea el círculo de ciudadanos al que se apliquen") seguían siendo las siguientes:

- 1) La subordinación absoluta de todo el aparato ejecutivo a la

representación popular (aun cuando en el caso de los soviets no comprenda a todos los ciudadanos).

2) La elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios administrativos, de los jueces y de la policía. La organización democrática del ejército.

3) El control y la publicidad de todos los actos administrativos.

4) La libertad de la coalición política (aunque pueda significar libertad sólo para "los privilegiados" en el sentido mencionado del término).

5) La inviolabilidad de los derechos individuales y colectivos de los ciudadanos y su protección contra cualesquiera abusos de parte de los agentes del Estado.

6) La libertad del ciudadano para discutir todas las cuestiones relativas al estado. Los derechos de todos los ciudadanos y su poder para ejercer libremente presión sobre los mecanismos del gobierno, etc., etc.

Desde luego, hay que añadir que la persuasión democrática de Martov, en discrepancia tangente con las normas tradicionales de Occidente, concebía que en circunstancias revolucionarias la más amplia utilización responsable del poder con fundamentos democráticos y la esencial exclusión de las clases propietarias y privilegiadas de la antigua sociedad de los derechos y la participación democrática. A pesar de esto, Martov se orientaba, sin transigencia alguna, hacia un sistema estatal basado en la participación universal de los adultos con las medidas apropiadas de protección constitucional y judicial a los derechos civiles y políticos del ciudadano.

Tal como lo pensara correctamente Julio Martov, la Revolución de Noviembre resultó ser más que un episodio histórico transitorio, como lo creían llenos de optimismo muchos miembros de la oposición interna y exterior. El bolchevismo, bajo el liderazgo de Lenín y Trotsky, con el apoyo del proletariado industrial, los soviets, la Checa y el Ejército Rojo se defendió con éxito durante la Guerra Civil, y, con el curso del tiempo, logró expandir su área de control directo sobre virtualmente todo —y aún más— de lo que había sido "El Imperio de los Zares y de Rusia" hasta 1914. Ante el poder expansivo del bolchevismo armado y organizado se volvió académica la cuestión de si era sabia o efectiva la política de "oposición leal" de Martov en contraste con el método más común de resistencia con la fuerza.

Desde luego, en un sentido importante se podría caracterizar la experiencia política de Martov entre 1917 y 1920, de acuerdo con la agria acusación de Trotsky, como la representación sucesiva de papeles fracasados. En su papel anterior a noviembre trató, contra viento

y marea, de influir en su partido y en sus aliados socialistas moderados para que adoptaran un rumbo "hacia la izquierda", es decir para que se alejaran de la colaboración política y de clases con el Gobierno Provisional y para que cooperaran a la incautación del poder por los soviets, sobre la base de instituciones en que se eligiera democráticamente a los representantes de los obreros, de los soldados y de los campesinos, y, finalmente, para que dieran su apoyo franco y sincero a la pronta elección y convocatoria de una Asamblea Constituyente Panrusa. La justificación racional de su política era salvar a la Revolución y con ella las perspectivas de una evolución democrática rusa, de la derecha contrarrevolucionaria y de la izquierda extremista, autoritaria. Pero Martov descubrió que su política estaba socavada por la falta de previsión y cautela de la dirección moderada socialista (tanto de la tradición "marxista" como de la "Narodnik") y por el aumento rápido, después de agosto, de la fortaleza bolchevique en el proletariado industrial, en las filas de las organizaciones militares (tierra y mar), en los soviets y entre los campesinos más pobres y el proletariado agrícola sin tierra, esto último debido a la colaboración temporal de los revolucionarios socialistas de izquierda. Al estallar la Revolución de Noviembre, Martov trató desesperadamente de ejercer presión sobre el Gobierno de Kerensky para que se adhiriera a las demandas populares y entonces, poco después, para disuadir a los líderes bolcheviques de entrar en la vía del golpe de estado y de la dictadura. Una vez más, fracasó. Fracasó a causa de la obstinación suicida de Kerensky, la resuelta negativa del liderazgo Lenín-Trotsky a retroceder de su compromiso de "Noviembre", la retirada de la gran mayoría de los delegados mencheviques y socialistas revolucionarios del Segundo Congreso de los Soviets y la debilidad radical de los propios seguidores políticos de Martov frente al poderío impresionante, tangible y disciplinado de los bolcheviques. Después de noviembre, su política de "oposición leal y legal", no obstante su eficacia en lograr la reorganización y supervivencia del Partido Menchevique, en lograr que aumentara su respaldo entre los elementos desafectos en la zona soviética, fracasó a la postre, por las razones que ya hemos señalado. La "representación" de los papeles de noviembre y de antes de noviembre terminó cuando los bolcheviques se incautaron del poder en Petrogrado y en esa acción fueron aprobados por la mayoría. La "representación" del papel después de noviembre culminó en el exilio semivoluntario de Martov y, en el año siguiente, en el inicio de las severas y eficaces medidas de represión del movimiento menchevique por los comunistas, medidas que se extendieron también a todos los otros grupos políticos independientes que quedaban en Rusia. Finalmente, la "repre-

sentación" de ambos papeles involucró por tiempo indefinido la liquidación física del movimiento socialista democrático ruso y la postergación indefinida de la realización de los ideales democráticos socialistas en el territorio de la Unión Soviética. Responsabilizar a Julio Martov y sus prosélitos por este resultado es aliviar la carga de responsabilidad histórica que pesa sobre el Régimen Kerensky, los "conciliacionistas" socialistas y el liderazgo bolchevique, y tal vez también, introducir criterios "morales" y "contingentes" en el análisis de una situación histórica fuertemente determinada por factores objetivos y una dinámica independiente de la voluntad y de los propósitos de un solo individuo. Finalmente, macular a un hombre con el epíteto de "colaboracionismo" con "los totalitarios de izquierda" es revelar una profunda ignorancia de su larga experiencia política y de sus ideales de toda la vida. También revelaría una falta de comprensión de sus motivaciones subyacentes, una desdichada capacidad para formular valoraciones retrospectivas basadas en la información incompleta y una falla fundamental de percepción (como en la analogía con Hamlet) de los terribles dilemas y las decisiones casi imposibles que a menudo se presentan en una crisis.

En sus tiempos Julio Martov desempeñó tres papeles: (A) elaborar la doctrina y la práctica del socialismo democrático de izquierda en la Rusia pre-revolucionaria en contradicción dialéctica con sus adversarios neojacobinos dentro del movimiento marxista; (B) servir —utilizando una vez más la analogía revolucionaria francesa— como florete neogirondino al estoque leninista, y, (C) asumir la postura de un Jeremías marxista frente a acontecimientos que se precipitaban sin que él pudiera ejercer sobre ellos control alguno. Pues contrario a los que así piensan en Occidente, los hombres ilustrados no siempre se encuentran al comando potencial de los sucesos históricos; el honor no siempre se halla en los resonantes síes o noes; los acontecimientos de magnitud mundial no siempre pueden ser evaluados en términos de "blanco" y "negro" sino a veces incluyendo ambos términos y en otras excluyéndolos a ambos; la manifestación de la "libertad" racional en ocasiones envuelve un asentimiento esencial (aunque lamentable) de lo "dado" históricamente; y, la preocupación con categorías estáticas del "ser" debe ceder el paso a una apta preocupación con el "devenir". Para Julio Martov (y para muchos de su bando) la Revolución de Noviembre llegó a parecer un fenómeno de "adelanto histórico", que no obstante su deformación autoritaria y la prognosis pesimista que involucraba para él y para su partido, significaba —por primera vez en la historia humana— la captura efectiva y la retención del poder del estado en un país principal por un partido "socialista"

militante, apoyado por una gran mayoría de los obreros industriales y comprometido, a la postre, con una transformación rápida de la vieja Rusia Imperial en una sociedad industrial moderna, caracterizada por la planificación económica central, la fundamental abolición de la propiedad privada en el control de los medios más importantes de producción, distribución y cambio y la educación de las futuras generaciones rusas en el doctrinario "marxista". El hecho de que un acontecimiento de esta magnitud pudiera asumir —en circunstancias subjetivas y objetivas rusas y tal vez como respuesta a lo que Crane Brinton ha llamado la lógica histórica de la revolución social— un carácter eminentemente autoritario, elitista y al fin al cabo "totalitario", fue para Martov un componente trágico en un fenómeno irreversible. El hecho de que dentro de las circunstancias de ese fenómeno, Julio Martov trató de atenuar el terror que lo acompañó, de experimentar y emplear todos los métodos no-violentos que hicieron posible una oposición eficaz y responsable, de mantenerse *con* la Revolución al mismo tiempo que separado de la élite gobernante y de preparar un récord crítico y racional para los obreros e intelectuales rusos que todavía no habían nacido —todo esto concurre esencialmente al crédito de Martov como marxista y como demócrata.

Como movimiento organizado, el menchevismo ruso está hoy virtualmente muerto dentro de la propia Rusia, sin herederos directos o nombre honorable (como consecuencia de ciertas conmemoraciones históricamente válidas y el adoctrinamiento comunista). De sus filas salieron algunos como Iván Maisky y el extinto Andrés Vichinsky que renegaron de sus tradiciones y luego fueron líderes dentro de la élite stalinista. Otros se ajustaron en diversas formas al nuevo orden soviético, con frecuencia (como sucedió con Simon Lieberman o N. N. Sujánov) empleándose en alguna especialidad o posición técnica donde pudieran rendir servicios prácticos mientras se mantenían separados del grupo de gobierno. Aun otros, como Julio Martov, escogieron (o fueron obligados a escoger) el camino de la emigración al extranjero, donde algunos retuvieron sus ideales básicos mientras que otros derivaron hacia un anticomunismo estéril y obsesivo (como suministradores de "denuncias" bien informadas y refinadas para occidentales receptivos) o surgieron como elocuentes voceros de la emigración y apologetas de la dictadura soviética. Sus persistentes alegaciones de haber sido antes mencheviques enmascaran su renuncia al espíritu y la tradición menchevique.

A pesar de todo, desde el punto de vista menchevique, la dictadura comunista, sin tomar en cuenta su etiología, debe aparecer como sobreviviéndose o en el proceso de sobrevivir su razón de ser histórica.

Me refiero, dentro de la terminología leninista, a las funciones que la dictadura misma proclamó que tenía que cumplir, a saber: (A) la destrucción de un orden estatal y de la sociedad más vieja, pre-existente, por la acción revolucionaria; (B) la defensa del poder y las realizaciones revolucionarias contra "la contrarrevolución interna" y "el amenazante cerco capitalista"; (C) la construcción de los fundamentos (y aún más que los fundamentos) sociales y económicos de una sociedad altamente planificada, industrializada y colectivizada, y (D) la educación de las masas rusas, hasta lograr una alta medida de alfabetismo, dentro de un marco de ideas socialistas y precisamente para tal tipo de sociedad industrializada. Por lo tanto, puede que no esté muy lejos el día cuando —ya sea por medio de un proceso de transformación pacífica o por la acción revolucionaria, según el modelo húngaro de 1956— la clase trabajadora y la *intelligentsia* rusas se liberen o sean liberadas de los hierros de la tutela dictatorial y emerjan a la vida socialista democrática. Si ello es así, las consecuencias específicas de este acontecimiento apenas si pueden ser pronosticadas (ni le pueden ser impuestas al pueblo ruso desde afuera). Sin embargo, las pautas básicas de la renovación futura muy bien podrían ser más o menos como sigue:

A) Soberanía efectiva de las masas trabajadoras —tanto de hecho como en la mitología oficial— en todos los niveles importantes del estado, a través de sus representantes libremente nominados y elegidos, de acuerdo con un sistema de soviets revivificados y democratizados.

B) Participación significativa de los consejos obreros electos en la administración de las granjas y factorías del estado.

C) El máximo posible de libertad de expresión, organización y reunión para todas aquellas tendencias políticas dentro de la sociedad soviética, coincidente con una liberalización radical en la esfera de la producción literaria y artística.

D) La puesta en vigor efectiva del derecho de autodeterminación nacional para los pueblos de las distintas repúblicas no-rusas de la Unión Soviética, hasta incluir el derecho a la secesión unilateral (conforme a la propia fórmula de Lenin).

E) Conservación de los fundamentos socializados de la industria y la agricultura rusa, tal vez con elementos genuinos de control directo por los obreros, una mayor satisfacción de las necesidades de los consumidores y una distribución más igualitaria de los frutos de la producción.

F) La continuación anticipada de un consenso ideológico esen-

cialmente marxista, aunque es de suponerse sea más refinado, más en armonía con la tradición clásica y menos "obligatorio" que hasta la fecha.

La realización de estas aspiraciones que se admite son de carácter menchevique que confundiría, por un lado, a las Casandras de un 1984 "supertotalitario" y en la retrospectiva histórica nos permitiría distinguir claramente el meollo esencial de la Revolución de Noviembre de sus innecesarias tergiversaciones bolcheviques. Por el otro lado, serviría para poner en evidencia el desconcierto de los que, por no tener confianza en la capacidad de las masas trabajadoras para ejercer racionalmente sus prerrogativas soberanas, postulando la necesidad de una continuación indefinida de "la guardia elitista" *so capa* de una vanguardia autodesignada de aquellas masas. Puesto que son así las ironías de la historia, nada tendría de sorprendente que tales cambios, postulados en forma muy optimista, fueran anunciados y justificados racionalmente como una "vuelta" a los principios y al espíritu más puro de Lenín y el leninismo. Pero la victoria, a la postre —si es que tales cosas pueden ser expresadas en términos personales— pertenecería a Julio Martov y sin duda alguna involucraría, entre sus consecuencias, una revaloración y un reconocimiento, dentro de la sociedad soviética, del papel de Martov en el movimiento revolucionario ruso y en la tradición marxista.